REINO DE CORDELIA

Un ensayo sobre la contribución del doblaje a la difusión universal de las películas



Elogio (y algún vituperio) del doblaje
Emilio Pascual
312 páginas
IBIC: APF | Thema: ATF
Precio sin IVA: 24,95 €
PVP: 25,95 €
ISBN: 979-13-87599-61-4

Email: info@reinodecordelia.es

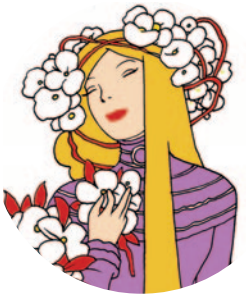
@reinodecordelia
facebook.com/reinodecordelia
https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01

www.reinodecordelia.es

Denigrado por los cinéfilos más intransigentes, el doblaje ha sido un arte decisivo en la transmisión y popularidad del cine. Cabría decir que todo él es doblaje, porque todo él es una «mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar a entretenerse», como propuso Cervantes al frente de sus *Novelas ejemplares*. No se pretende aquí establecer ningún dogma. El doblaje no siempre es bueno; el subtitulado tampoco. Ambos albergan razones para el elogio (y para el vituperio). La propuesta del libro es muy sencilla: como cualquier intervención en la película afecta de un modo u otro a la versión original, se trata de determinar cuál es la pérdida menor, para que llegue al espectador, con el menor menoscabo posible, la variedad de emociones que pretendían sus autores.

El autor

Emilio Pascual (Tejares, Segovia, 1948) estudió Filología Hispánica en la Complutense de Madrid. Su vocación de profesor se vio permanentemente pospuesta por las aventuras editoriales en Anaya y en Cátedra. En 1999 obtuvo el Premio Lazarillo por *Días de Reyes Magos*, que se vio corroborado al año siguiente con el Nacional de Literatura Infantil y Juvenil. Una docena de libros, entre los que cabría recordar *El fantasma anidó bajo el alero*, *Apócrifos del Libro*, *El número de la Bella* y *El gabinete mágico. Libro de las bibliotecas imaginarias* han dejado testimonio de su fervor por la lectura. Junto a Pollux Hernúñez es autor de la primera edición versiculada de *El Quijote* [LITERATURA REINO DE CORDELIA, nos 58-59].



Del prólogo del autor

Ante todo, quiero poner las cartas sobre la mesa: no soy especialista en cine ni tampoco en doblaje. Soy un *simple aficionado al cine*, en el doble sentido de la palabra: aficionado como *amateur*, que el DLE define como alguien «que cultiva o practica, sin ser profesional, un arte, oficio, ciencia, deporte, etc.», añadiendo al final un abreviado, pero insidioso, «U. t. en sent. despect.». (La t. significa "también", pero podría significar igualmente "sobre todo", y por lo que a mí respecta, «ahí entra la verdad de la historia», como habría subrayado Sancho Panza). Así pues, si soy aficionado, lo soy *sobre todo* en el otro sentido definido por el mismo diccionario: «Que siente afición por alguna actividad»; el ejemplo que propone: «Aficionado a la lectura» podría sustituirse en este caso, sin modificar un ápice la semántica, por «*Aficionado al cine*».

[...] Pero sí soy cinéfilo. Entiéndaseme bien: no soy cinéfilo en el sentido que parece indicar esa mano con índice acusador (☞) que solía venir en los periódicos para indicar que la película que la soporta no cabe en un hotel de cinco estrellas. Estos, como aquel Clément Clément —cuyas palabras, por lo demás, salpicaban como imágenes—, suelen juzgar «con esa soberbia a todas luces brutal que solo crece en tierra cinéfila». Yo solo soy cinéfilo en el sentido etimológico de la palabra: esa palabra que hemos extraído del griego κίνημα ("movimiento"), que viene a su vez de κινέω ("mover, poner en movimiento") y φιλία ("amor, afecto, deseo"), que procede en fin de φιλέω, un verbo que, además de "amar", significa también "gozarse, complacerse en". Sé que es una etimología sobradamente conocida y casi ofensivo recordarla, pero siempre es importante volver a su origen para aceptar una definición de urgencia de *cinéfilo*: «El que ama [figuras en] movimiento», o quizá más expresivo: «Aquel que goza o se complace [viendo figuras] en movimiento».

[...] Este es, pues, el libro de un cinéfilo de buena fe, que no es cinémano y menos un fanático como algunos personajes de libro. Es este, pues, el libro de un aficionado, *lato et stricto sensu*, que, seducido por las imágenes y las historias, solo pretende plantear una *teoría de la pérdida menor*. (Y aun me temo que el sintagma resulte un tantico pretencioso). Las propuestas son tan sencillas que podrían resumirse en el decálogo final. Por razones obvias, la mayor parte de las películas citadas son extranjeras: las españolas no necesitan doblaje ni subtítulos, salvo en casos contados, si bien no poco curiosos, que en un sentido u otro podrían ilustrar la teoría.

[...] No me queda sino añadir que el título ha sido parcialmente hurtado a Pepe Esteban, que nos divirtió lo que no está escrito con su *Vituperio (y algún elogio) de la errata*.